

CARLOS GARCÍA MIRANDA

co ne xo

 DESTINO

BIENVENIDO
A
CONEXO

Índice

Portada
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Agradecimientos

Del mismo autor:

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Para todos los que están perdidos en el universo

Querido Señor Vernon:

Admitimos el hecho de tener que quedarnos castigados todo un sábado por habernos portado mal, pero pensamos que está usted loco al intentar forzarnos a escribir un ensayo explicándole quiénes creemos ser. Usted simplemente nos ve como quiere vernos... En pocas palabras, la definición más conveniente sería que hemos sacado en limpio lo que hay en cada uno de nosotros: un cerebro, un atleta, una irresponsable, una princesa y un criminal. ¿Contesta eso a su pregunta?

Atentamente, le saluda,

El Club de los Cinco

El Club de los Cinco
JOHN HUGHES

1

El accidente del tren de Conexo

<http://www.youtube.com/watch?v=zFIGcRoGmjw>

AgustínPoderes — 109 vídeos

20.385.025 reproducciones

Publicado el 18/02/2014

Información

¡Muy fuerte! Vídeo del accidente del tren de Conexo grabado por uno de los chicos del colegio con su móvil. Las imágenes son realmente impresionantes. Si eres sensible, ¡NO LO VEAS!

Ricky se colocó la gorra y se miró en la pantalla del iPhone. Puso su mejor sonrisa y le habló a la cámara:

—¡Hola! Estoy en la estación de tren de Conexo. Son las...

Sin dejar de caminar, el chico movió el móvil hasta enfocar el reloj que colgaba de una de las columnas del andén.

—Las tres y media de la tarde en punto, y me voy a subir en esto —dijo Ricky mientras grababa el tren de alta velocidad junto al que caminaba—. ¡Me piro de vacaciones de Semana Blanca con el colegio!

La pantalla mostraba la parte del andén en la que se apelotonaban un montón de chicos y chicas, cargados con esquís y tablas de snowboard. Iban entrando en el penúltimo vagón del tren. De camino hacia allí, Ricky se encontró

con Cerro, un chico moreno con la nariz aguileña. Se saludaron chocando las manos y siguieron andando juntos.

—Diles algo a los seguidores de mi canal de YouTube —le pidió Ricky, enfocándolo.

—Hola, diez seguidores de Ricky —dijo Cerro, levantando la mano.

—Con esto seguro que gano diez más...

Ricky apuntó con la cámara a los traseros de Ruth y Nerea, que tiraban de sus maletas por delante de ellos. Los cuerpos delgados de ambas se parecían, aunque Ruth era castaña oscura, y Nerea, más tirando a rubia. Se detuvieron en el borde del mogollón que formaban sus compañeros de clase.

—Venga, para dentro —les pedía a los alumnos Irene, la profesora encargada de acompañarlos de viaje—. ¡Dejad los esquís y las tablas en el maletero de la entrada!

Ricky y Cerro se unieron a Ruth y Nerea. Se dieron dos besos y se metieron dentro del tren.

—Vamos a pillar una de esas con mesa y nos ponemos los cuatro juntos —dijo Nerea.

—¿Y Sam y Ana? —se escuchó preguntar a Ricky, tras la cámara.

—Están ahí. —Ruth señalaba la esquina junto al servicio, en el pasillo entre los vagones—. Me da que están enfadados...

Ricky se separó del grupo de tres, que ya se adentraba en el vagón para buscar sitio, y se encaminó hacia la pareja. Ana y Sam siguieron con la discusión, sin reparar en que Ricky estaba tras ellos, grabándolos.

—¿Y has esperado a que estuviéramos de viaje para contarme esto y fastidiármelo? —le reprochó Ana a Sam.

—Pero ¿a ti qué más te da que deje el equipo? —le preguntó Sam a la chica, sin entender su enfado—. A ver, lo

que te estoy diciendo es que el equipo me quita mucho tiempo, y quiero hacer otras cosas.

—Pero ¿qué otras cosas? ¡Si todo lo que no sea parar goles se te da mal!

—¡Bueno! Y eso ¿quién lo dice? —saltó Sam, y se cruzó de brazos.

—Lo dice tu coeficiente intelectual.

Se escuchó la risa ahogada de Ricky mientras la cámara hacía un zum en la cara de pasmo de Sam.

—Mira, si dejas el equipo de fútbol del colegio no seguiré siendo tu novia —le amenazó Ana, sin mirarle a la cara.

La cámara grababa el perfil de la chica, que se aseguraba con los dedos de que las horquillas seguían en su sitio y le sujetaban el flequillo rubio claro. El resto del pelo lo llevaba en una coleta tirante que le dejaba despejada la cara, de ángulos perfectos. Sam reparó en la presencia de Ricky tras la esquina.

—Tío, ¿de qué vas? —saltó.

Ana se dio la vuelta, la cámara recogió su sonrisa de dientes blancos alineados.

—¡Ay, para! —le pidió a Ricky, simulando estar molesta con él—. Que voy supermal pintada...

—Ricky, pírate, que estamos hablando. —Sam ponía la mano sobre la cámara.

—No. Ya no vamos a hablar más, Sam. Ya te he dicho lo que hay —se oyó susurrar a Ana sobre el fondo negro que cubría la imagen.

A continuación, la pantalla mostró a Ana mientras se marchaba hacia el vagón. Ricky la seguía, grabando cámara al hombro mientras entraban en el pasillo.

—Mira, han venido los frikis de la clase... —le dijo a la chica, que se rio.

Ricky enfocaba a Noel y Eva, que se colocaban en una pareja de asientos, de los primeros del vagón.

—¿Éstos van a esquiar o a un funeral? —se escuchó a Ana.

La cámara recorrió a Noel y Eva de arriba abajo mientras colocaban las maletas en el portaequipajes. Los dos eran altos, pero aparentaban mayor estatura por los vaqueros negros estrechos que llevaban. Además, Eva vestía una sudadera de canguro ancha, de color gris. Noel, una cazadora vaquera oscura, con borrego, por encima de una camiseta con la portada del disco Mellon Collie and the Infinite Sadness, de The Smashing Pumpkins.

—¿Me dejas pasar, rarita? —les soltó Ana cuando llegaron hasta ellos.

—¿Te esperas, pija imbécil?—Eva la miraba con la ceja levantada.

—Eva, para —le pidió Noel, que tomó asiento junto a la ventanilla.

—Hazle caso a tu amiguito el misterioso, anda... —le aconsejó Ana, de brazos cruzados frente a ella. Noel escondió los ojos verdes tras el flequillo largo, cortado al bies.

Eva sacó una tableta electrónica de la maleta de tipo trolley. Después se echó a un lado para que Ana y Ricky pasaran.

—Pero por qué no la enviarán a un correccional... —le dijo Ana a la cámara, dándoles la espalda.

Ricky caminaba de espaldas hacia el final del vagón. Seguía grabando a Eva y Noel. La chica del pelo corto y tan rizado que parecía hecho de caracolas negras le mostró el dedo corazón levantado. En el plano también se veía a Sam, que iba unos pasos por detrás de Ricky.

—Mira, ha venido la nueva —le dijo Ricky a Sam, e hizo zum en la cara de una chica menuda que acababa de entrar en el vagón.

Llevaba los labios rojos y el pelo rubio trenzado, y tenía la nariz respingona.

—Se llama Sabina, ¿no? —le preguntó Ricky al chico deportista.

—No lo sé. Déjame pasar... —Sam pasó por delante de la cámara. Se le oyó llamar a Ana y decirle que tenían que hablar.

Ricky se quedó detenido en medio del pasillo, grabando a la chica nueva. Hablaba con Irene, quien le dijo algo que le hizo lanzar una sonrisa tímida. Después, Sabina echó a andar por el vagón, arrastrando una bolsa de viaje de color mostaza. Su mirada apuntaba al asiento vacío que quedaba al lado del que ocupaba Noel. El chico también la miraba, aunque al verse descubierto bajó la mirada. Sabina siguió caminando, y se desabrochó los botones de la trenca, que era del mismo color que la bolsa. Pero justo cuando iba a sentarse, Eva terminó de colocar su maleta sobre el portaequipajes y se sentó con Noel.

—Está ocupado —le soltó malhumorada a Sabina al verla parada a su lado.

La cámara grabó la sonrisa ortopédica de la chica rubia.

—¡Eh, tú! ¡La nueva! —voceó Ricky—. Ven a sentarte con mis amigos, que esos dos son unos pringados.

Pero Sabina no le hizo ni caso, se dio la vuelta y ocupó un par de asientos que quedaban por delante de los de Eva y Noel, y separados por el pasillo. A continuación, la cámara siguió avanzando por el vagón hasta llegar al final. En un grupo de cuatro asientos con mesa se habían sentado sus amigos. Cerro y Nerea iban juntos, y Ruth enfrente. Había un asiento libre su lado, y Ricky dejó allí su mochila.

—Tía, pero ponte aquí conmigo... —le insistió Ruth a Nerea.

—Que no, que a mi lado está más calentita —dijo Cerro, y agarró a Nerea por la cintura.

—¡Ay, déjame! —Entre risas, Nerea intentaba quitarse de encima a Cerro.

Ricky se sentó al lado de Ruth. Grabó a Sam y a Ana. Estaban sentados en la pareja de butacas que quedaba separada por el pasillo. Ella hojeaba la revista Cuore, despreocupada, mientras él miraba por la ventanilla con los nudillos en la boca. Unas letras negras sobre el cristal indicaban que era la ventana de emergencia.

Se oyó un pitido largo, al que siguió el cierre de las puertas del tren. Ricky volvió a aparecer en la pantalla.

—Chavales, ¡vamos que nos vamos!

El móvil grabó la salida del tren de la estación. Todos los estudiantes aplaudieron emocionados.

Ricky puso la cámara de nuevo en marcha cuando ya era de noche. Grababa a Nerea y a Cerro que, sentados frente a él, se besaban con energía. La imagen hizo zum en las manos del chico, que se movían debajo del jersey de nieve de Nerea.

—¡Cerro, te estás poniendo las botas! —se oyó decir a Ricky.

Cortados, Nerea y Cerro se separaron.

—No lo subas a YouTube, ¿eh?, que mi padre me mata... —le advirtió Nerea.

Ricky movió el iPhone para enfocar a Ruth, que miraba a la pareja de morros. Al darse cuenta de que la cámara estaba pendiente de ella, levantó la vista hacia el monitor que colgaba del techo. Emitía una película titulada Promoción fantasma. La imagen del móvil pegó un bote cuando el tren atravesó un bache.

—Este tren va un poco rápido, ¿no? —se preguntó Ruth mientras miraba por la ventanilla contra la que golpeaba el granizo.

La cámara tardó unos segundos en poder enfocar lo que se veía al otro lado. El tren recorría a toda velocidad los acantilados de las montañas nevadas. Las nubes negras de la tormenta lo cubrían todo. La única luz llegaba desde el faro de una torre de vigía que quedaba a lo lejos.

—Esta montaña da mucho yuyu de noche... —comentó Ricky.

Giró la cámara al escuchar el ruido de las hebillas de las botas de Gabi, parecidas a las de Terminator. Gabi llegó hasta él y entró en el plano.

—Chaval, tengo lo tuyo...

Ricky se levantó y dejó el iPhone sobre el asiento. La imagen quedó descuadrada, grabando el techo del vagón y parte de lo que hacían los chicos. Se veía la cara de Ricky de perfil y el pelo de Gabi, que le llegaba hasta el hombro de la chupa de cuero con cremalleras.

—Guay, pásamelo —le pidió Ricky.

—No seas espabilao. Los cincuenta pavos primero.

Entonces pudo verse a Ricky, que cogía su abrigo del portamaletas para buscar el dinero.

—Ahí lo tienes —le indicó Ricky a Gabi.

Con disimulo, Gabi le cambió el billete por cinco bolígrafos rellenos de polvo blanco, que sacó de una mochila azul marino. Después, regresó por el pasillo hacia la parte de delante. Ricky guardó la droga en su abrigo. La imagen lo mostraba dejándolo de nuevo en el portaequipajes. Luego recogió el móvil, volvió a sentarse y siguió grabando lo que ocurría.

—Ahí vuelven Ana y Sam. —Ruth señaló con la cabeza hacia el fondo del pasillo—. Llevan todo el viaje de bronca en el baño...

Ricky los apuntó con el móvil mientras caminaban hacia ellos. Ana, sonriente, y Sam, con la cara larga. Pero hizo

zum tras la pareja al ver que Gabi, que estaba unos cuantos asientos por delante, recibía el alto de la profesora.

—Mierda. Como se lo pille Irene, nos quedamos sin fiesta todo el viaje... —advirtió Ricky.

El altavoz del móvil captaba la discusión.

—¡A ver, déjame ir a mi sitio! —protestaba Gabi—. Pero ¡si no estoy haciendo nada!

—Que me enseñes lo que llevas en la mochila —le exigía la profesora.

—Pero ¿por qué tienes que estar desconfiando siempre de mí? Alucino con la manía que me tienes por ser repetidor...

—Vale, te tengo manía. Lo que tú quieras. Pero o me dejas ver lo que llevas en la mochila o te mando de vuelta a Conexo.

Gabi terminó por descolgarse del hombro la mochila, de marca Eastpack y color azul marino.

—Mira, que no tengo nada más que mis cosas. El móvil, chicles, y eso...

La cámara recogió el momento en el que Gabi le mostraba en un visto y no visto el interior de la cartera a la profesora. Después, el chico se dio la vuelta para alejarse, pero Irene le agarró del brazo.

—Venga, déjame verla bien...

Pero Gabi se zafó del brazo de Irene con un golpe seco. La cámara le grabó mientras corría por el pasillo. Iba a pasar al siguiente vagón, pero se dio la vuelta al ver que era la cabeza trasera del tren.

—Mierda...

Gabi se fijó en que la ventanilla a través de la que Sam tenía la mirada perdida era la de emergencia. Ricky se puso en pie para grabar cómo Gabi arrancaba el martillo anclado en un armario de puerta de cristal, junto a la salida del va-

gón. A sólo unos centímetros estaba el freno de mano de emergencia.

—Tío, ¿qué haces? —le preguntó Sam al ver que se le echaba encima.

Gabi rompió la ventana con un par de golpes fuertes. Sam y Ana, que no tuvieron tiempo de reaccionar, se llenaron de trozos de cristal, aunque la mayoría cayeron fuera. El viento huracanado y el granizo de la tormenta se colaron en el vagón. No tardaron en llegar los gritos de los alumnos, que protestaban por el frío.

—No me lo puedo creer —exclamó Irene al llegar y ver el destrozo.

—Pero ¿eres idiota? —Sam empujaba a Gabi con fuerza.

—Que no me toques, musculoca —le advirtió éste.

La imagen de la cámara se volvió más oscura de pronto. El tren había entrado en un túnel y recorría una curva cerrada, a toda velocidad. Entre el tumulto de alumnos que se acercaron a ver qué ocurría en el fondo del vagón, Ricky grabó la pelea en que se enzarzaron Gabi y Sam.

—¡Basta! ¡Basta ya! —les gritaba Irene, que intentaba separarlos.

Uno de los golpes que se propinaban los chicos le acertó en la cara. La cámara grabó el instante en el que Irene se agarró a lo primero que encontraron sus manos para no caerse al suelo. La palanca del freno de emergencia. El mecanismo del tren chirrió, cada vez más y más. En la imagen temblorosa se vio cómo empezaron a caer maletas mientras el tren, inclinado por la curva que estaba atravesando, trataba de detenerse. Un brusco movimiento en la imagen dejó claro que había descarrilado. Se escuchaban los gritos de terror de los estudiantes, que se agarraban a las paredes del vagón. Un latigazo hizo que a Ricky se le escapara el móvil de las manos. El teléfono seguía grabando mientras